

Contumaces y cínicos

La «fé púnica» de los antiguos — que nosotros llamamos indistintamente dobléz o mala fe, recurso de todos los granujas, tiene en el duce italiano, el más constante y fiel devoto Poca importaban sus marrullerías, si la diplomacia hubiera rehusado su trío indeseable por temor a su impotente autorquía?

Impotente, porque a pesar de sus tropas y máquinas, necesita para mantener la ficción de su fuerza la ayuda económica de todos los países con quienes coquetea, y, por último, burla. Le falta el nervio de la guerra que Napoleón concretó en este aforismo, «Dinero, dinero y dinero»; no produce lo suficiente para sustentar al fanático pueblo que oprime y tiraniza; carece de medios y de crédito para adquirir los productos agrícolas que escasean en su país; así mismo le faltan la esencia y los metales para fabricar, mover y reparar todo su aparato bélico.

Un audaz golpe de mano, una sorpresa propia de bandolera puede dar éxito a sus planes; una guerra larga será un desastre para esa banda rapaz y asesina

Y sin embargo de esas condiciones, aun se tiene paciencia para escuchar sus baladronadas y amenazas; ni se rechazan de plano sus pretensiones de mendigos insolventes; ni se sancionan sus crímenes de mendicero y facineroso. Ante esa pasividad y contando con el concurso de otros bandidos, el duce se erige en árbitro del Mundo, sueña con restaurar el viejo imperio romano y con gesto provocador se proclama dueño absoluto del Mediterraneo.

Imprudencia grande fué dejarle la libertad para escoger lugares favorables para el duelo que se avecina y tolerar sus insolencias y sus engaños; pero tanto se repiten y acumulan unos y otros que es seguro que la dignidad de los pueblos libres se sienta injuriada y a punto de estallar. Y acaso en día no lejano, den de lado a sus justos temores quienes, por defender la paz, sufrieron la afrenta cotidiana, acepten el impertinente reto y de un puñetazo en la mesa de una cancillería cualquiera, desbaraten el castillo de naipes que levantó la fantasía de un renegado y traidor al proletariado italiano.

Ahora pretende burlar el compromiso de Londres, sobre la retirada de los «voluntarios». Para España no sería ninguna novedad que lo consiguiera; su propio cuerpo ha sufrido la deslealtad de los unos y la indiferencia fatalista de los otros signatarios de pactos parecidos. Todos saben que los intervencionistas son duchos en toda clase de trucos y ardidés; pero no solamente les admiten a las conversaciones de «la no intervención» sino les buscan, les halagan, les prometen y les dan...

Ya la dobléz italiana insinúa su intención de sacar de España unicamente enfermos y heridos, dando instrucciones a Franco para la naturalización de unos italianos útiles y la inclusión de otros en «la legión

extranjera». Demasiado saben los invasores que los facciosos, ni con la ayuda de dos naciones poderosas, han logrado vencer la resistencia de la España leal.

¿Qué será cuando alrededor de Franco no queden más que los moros «protegidos» en esas carreras de recompensas que organizaban Alfonso el africano, las Minas del Riff o la Transmediterránea?

Ya deben de estar convencidos todos los países signatarios de la «no intervención» que lo de España no tiene más arreglo que el cumplimiento escrupuloso de las Leyes internacionales, del derecho de gentes y a la voluntad autónoma del país para disponer y regir sus propios destinos... De otro modo, el pueblo que rechazó al Archiduque Carlos y a las tropas internacionales que apoyaban sus pretensiones al trono de principios del siglo XVIII, y en el siguiente obliga a Napoleón a reparar los Pirineos, cumplirá igualmente con su deber en esta ocasión, defendiendo la Libertad y la Independencia, mientras quede un puñado de españoles y un palmo de terreno en su poder.

Crimen fué encender la hoguera calínita que amenaza extenderse y abarcar al mundo entero; monstruosidad sin nombre alimentarla y no preocuparse de extinguirla; en pocas semanas la hubiera apagado el soplo de la España leal, de no asfixiarla «la no intervención» y de no agredirla los países totalitarios.

Para los traidores y sus cómplices el estigma de la Historia; para los egoístas y logrerros la amargura de las vírgenes locas; para nuestros combatientes los laureles eternos de Viriato del Cid y Méndez Núñez.

Juan GIMÉNEZ AGUILAR

ANTINOMIA

APUNTES DE RETAGUARDIA

A través de las informaciones que del extranjero nos llegan, se ve el estado de descomposición de la retaguardia facciosa. Franco anda a la greña con falangistas y requetés. Los falangistas y los requetés no se traigan, y, en general, el ejército y el pueblo van viendo claro que la ayuda italo-germana no es otra cosa que una invasión extranjera que trata de convertir a España en un feudo de Mussolini y Hitler, y hacer de los españoles esclavos de la petulancia alemana y de la vacuidad de los italianos. Mal tienen que convivir necesariamente el sentimiento de independencia de nuestra raza, con el orgullo despectivo del teutón (que aunque sea una mediocridad se cree un superhombre) y con la fachenda leporina del italiano, predispuerto a convertir en caporetos todos los frentes de lucha.

Así se explican las numerosas deserciones en la zona rebelde de personajes y personajes políticos y militares, que pasan la frontera unos y los que no pueden expatriarse ingresan en las cárceles de Franco, cual les ha sucedido a Doval y otros muchos. Los italianos y los alemanes — en plan de dominadores y amos — no consisten que se les discuta ni critique. Mussolini y Hitler mandan, y a Franco y a los suyos no les queda otro papel que ser sumisos cumplidores de las órdenes de sus amos. Para algo han vendido su Patria y han hipotecado su libertad.

Por otra parte, la condenación lanzada por el Papa contra el nazismo — doctrina cumbre del credo fascista — ha causado también sus efectos entre los católicos, que necesariamente tienen que ver que está más cerca de la pureza cristiana la España leal, que no Franco y los obispos traidores y perjuros, que sin escrúpulos y cegados por la soberbia, no tuvieron reparos en apuñalar alevosamente a la República y aliarse con el fascismo ateo del exanarquista Mussolini y con el nazismo luterano del semidiós Hitler. ¿Es que se habían creído los católicos españoles que los dos dictadores totalitarios les iban a guardar las consideraciones que con ellos tuvo siempre la República?

La semana internacional

El pleito sigue en pie

Nos referimos al pleito Checoeslovaco, que la diplomacia inglesa se empeña en enturbiar. Que si una encuesta, que si una información, que si un plebiscito, que si un acuerdo anglo-germano..., que al final sucederá lo que con Austria, a no ser que Checoeslovaquia sea tan difícil de digerir como España.

¿Por qué Inglaterra no procede en esta cuestión con la misma claridad que Francia? ¿Es que todavía no se ha convencido de que frente a los países totalitarios son letra muerta la diplomacia y el Derecho? — Este pleito no tiene otra solución que pararle a Hitler los pies en seco, sin diplomacias ni miramientos de ningún género, porque tras la cuestión de los sudetes, planteará Alemania la de los cantones suizos.

Las provocaciones fascistas

Continúa la aviación italo-germana sus ataques a los buques extranjeros. En la última semana han sido agredidos dos o tres navios ingleses y un noruego. La pasividad del gobierno inglés ante tales agresiones nos hace pensar si habrá negocio y acuerdo, porque nos consta que con los buques norteamericanos es muy otro el proceder de los fascistas a causa de que los Estados Unidos en esta cuestión han hablado muy claro. ¿Por qué no protege Inglaterra la libertad de su comercio? ¿Es que el hundimiento de esos buques — como dejamos apuntados — es cuestión de comercio y de negocio de los consignatarios ingleses, protegidos en sus manejos por el Gobierno de Chamberlain?

Demasiado tarde

El papa ha condenado por tercera vez y con gran lujo de detalles y

concreciones impresionantes al racismo, al separatismo y al nacionalismo exagerado. En efecto: en la recepción de los alumnos del Colegio De Propaganda Fide, el papa ha pronunciado un largo discurso, poniéndoles en guardia contra esas nuevas teorías. Se retiró al sentido de universalidad de la Iglesia católica, protestó vehementemente contra la campaña que se insinúa contra la acción católica a la que se acusa de «antirracista», y por tanto, antilascista. Refiriéndose a los que realizan una campaña racista y anticatólica, el papa dijo: «Por vuestro bien os ruego y recomiendo medida, porque quien hiere a la Acción Católica hiere al papa, y el que hiere al papa, muere. Esta es una verdad que demuestra la Historia.» Lamenta que Italia imite en este camino de persecución religiosa a Alemania, y terminó diciendo que el verdadero racismo está en la universalidad y se encuentra en el seno de la Propaganda Fide, donde están reunidos alumnos de 35 países, todos ellos hijos de la misma madre y miembros de la misma familia.

Mussolini, ante esta declaración del infalible, ha dicho a sus huéspedes: «Sabed, y que todo el mundo sepa que también en la cuestión racial continuaremos yendo hacia adelante. Decir que el fascismo ha imitado a quien es absurdo.»

Y la prensa de Hitler arremete en contra los católicos, diciendo que Papa se está metiendo en cosas que no le importan y que va a publicar unos artículos sobre los peligrosos actos que comete en el mundo entero Acción católica.

No ocultaremos la alegría que nos producen estas cosas. Pues, ¿qué se habían creído el Santo Padre y sus beduinos devotos?

Dice un liberal ingles

El jefe de los liberales ingleses, sir Archival Sinclair pronunció un discurso ante los estudiantes de Oxford, expresando la esperanza de que el Gobierno inglés ordenará las encuestas necesarias sobre los ataques delirados que vuelven a efectuarse contra los barcos ingleses en los puertos republicanos españoles.

Sinclair declaró que se trata de verdaderos actos de piratería, porque Franco no tiene derecho de beligerancia. «Su condición legal — añadió — es la de un pirata y bandolero que no tiene ningún derecho para controlar los barcos neutrales ni para atacar a un barco neutral sin haber tomado antes las disposiciones necesarias para asegurar el salvamento de los pasajeros y la tribulación. Pero aun respetando estas condiciones, Franco sería un pirata. Espero que esta vez el Gobierno inglés no se limitará a enviar una nueva nota de protesta a Franco, sino que tomará las medidas que se imponen para acabar definitivamente con estos ataques.»

(Continúa en la plana tercera)

Leed

«VIDA NUEVA»

EDITORIAL

FE EN EL TRIUNFO

La llamada batalla del Ebro, que no es sino una fase más de la guerra, por sus resultados y rapidez, ha provocado múltiples elogios para el Ejército de la República en toda la Prensa del extranjero, aun en aquella caracterizada por sus simpatías hacia el traidor Franco. Las masas populares de Francia, Inglaterra y Norteamérica no han recatado su alborozo y satisfacción y el ambiente internacional, al conjuro del éxito de nuestros soldados en el Este, se ha despejado y mostrado más propicio a nuestra causa.

Posiblemente ha sido la Prensa nuestra la única que ha frenado su natural satisfacción, mostrándose prudente y sensata, porque la experiencia nos ha enseñado que todo optimismo exagerado no conduce a nada práctico y que así como los reveses no tienen por qué amilanarnos y a hacer decaer nuestro espíritu, así tampoco las victorias, aunque ellas sean productos de una inmejorable organización militar y del arrojo, valor y disciplina de nuestros soldados, debe conducirnos a extremismos en manifestaciones que conduzcan a una excesiva confianza, peligrosa por lo que acarrea de dejación en nuestras actividades en pro de la causa.

No. El papel que corresponde al pueblo español consciente, en la desgracia como en la fortuna, dentro de los azares de esta guerra cruel e insensata, debe ser el de un pueblo consciente de sus destinos. Y si los reveses han de servirnos de algo ha de ser de incentivo para proseguir la lucha. Y si las victorias han de ser beneficiosas para nosotros lo serán en tanto sirvan para reafirmar nuestra fe en el triunfo y como acicate para intensificar nuestra acción en la retaguardia para fortalecer nuestras líneas y atender a los combatientes. Esta es y no otra la resultante de la magnífica «batalla del Ebro» en el ánimo de la España Republicana.

Día llegará, tal vez no lejano, en que con razón hayamos de lanzar las campanas al vuelo como justificativo de nuestra satisfacción, pero por hoy sólo se precisa mantener firmes nuestras líneas y reagruparnos más y más en derredor del Gobierno de Unidad Nacional.

Comarada: Escucha todas las noches, de once a una, la voz de Cuenca por la emisora de radio de esta capital que trasmite por onda corta de 46 metros.